

En busca de la cubanidad, de Eduardo Torres-Cuevas

Jorge Luis Acanda González

Profesor. Universidad de La Habana.

Hace varias semanas, Eduardo Torres-Cuevas me pidió que participara en esta presentación. Le agradecí la inmensa deferencia y acepté el encargo, pero le comuniqué una reserva: «recuerda —le dije— que no soy un historiador». Me respondió: «precisamente por eso».

Aunque él no lo sepa, su respuesta me sorprendió y me dejó pensando durante un buen tiempo. Después creí comprender sus razones para hacerme este encargo. Llegué a una conclusión que se asienta en la lógica de la reciprocidad: si puedo hacer la presentación de este libro sin ser historiador, es porque este no es el libro de un historiador. Quiero precisar un punto. Es un libro de historia; pero no el de un historiador. Al menos, no de uno típico, como manda el canon y la tradición.

Quiere el «calificador de cargos», desde hace tiempo presente en la teoría social, que se establezca una diferenciación estricta entre las llamadas ciencias sociales particulares y, por ende, entre sus cultores. Se han fijado

ramas del saber sobre la sociedad que se quieren diferentes y separadas unas de otras. Las delimitan fronteras infranqueables, límites rígidos y fijos. Tienen objetos de estudio disímiles, metodologías específicas, y lo más importante y lo peor de todo: lenguajes diferentes; o, como se suele decir, aparatos categoriales totalmente divorciados unos de otros. El resultado de este positivismo rampante y hegemónico en la ciencia social, ha sido la especialización estrecha, la incapacidad de la percepción de conjunto, la intraductibilidad de los lenguajes.

Ello ha conducido a dos carencias esenciales. Una, la de la visión de totalidad, del enfoque sistémico. La segunda, no solo la ausencia de valoración, sino el temor a la valoración. Las así llamadas ciencias sociales particulares se entienden a sí mismas como descripción objetiva de lo existente. Desde esa perspectiva, la historia es concebida como narración que busca la rigurosidad llevada hasta el paroxismo del detalle, conducida por la obsesión de una objetividad mal entendida como exclusión total del sujeto. Se busca la identidad total de lo narrado con lo sucedido.

Presentación del libro *En busca de la cubanidad*, de Eduardo Torres-Cuevas, en la Feria Internacional del Libro de La Habana, febrero de 2007.

Siendo así, la valoración necesariamente tendría que venir desde fuera, desde una cosa que se llama ideología, y que, por lo tanto, no tiene la respetabilidad de la ciencia. En la historia la moraleja la pone otro. No el historiador, sino el político, el sacerdote o el filósofo, tres profesiones que se entienden como carentes de la dignidad de la ciencia. Pero ocurre que cuando se narra la historia, máxime cuando se trata de períodos extensos, surge siempre la pregunta básica: ¿cuál es el sentido de todo esto?, lo cual nos lleva a la siguiente interrogante: ¿tiene la historia un sentido?

Es una pregunta que, como se decía antes, tiene bemoles. Porque tiene muchas implicaciones. Desde las de carácter más general hasta personales. La cuestión del sentido de la historia tiene que ver con mi historia individual, del sentido de la vida de cada persona. La pregunta sobre si mi vida personal tiene o no un sentido implica enlazar mi presente y mi futuro con mi pasado, pero no solo con el mío, sino con el de ese colectivo transpersonal que es mi pueblo y/o nación, al que pertenezco y me otorga rasgos de mi esencialidad. Siempre, en algún momento, todos nos hemos planteado esta interrogante: ¿han tenido sentido los esfuerzos, sacrificios, trabajos, renunciaciones, desgarramientos, que he experimentado en mi vida? Y más importante aún: ¿tiene sentido que los siga experimentando en mi futuro? Esta es la arista más dramática del problema de la identidad. Y en este caso, el de la nuestra. ¿Qué quiere decir «soy cubano»? ¿Es esta condición algo que se agota en lo epidérmico del gusto por el baile o los frijoles negros? ¿Es un mero accidente de la biografía de cada cual, de la que el individuo no solo puede, sino que está legitimado, despojarse como de un caparazón que le queda pequeño cuando se convierte en un obstáculo para alcanzar ventajas individuales? ¿Es la condición de cubano una pesada losa metafísica, un sino terrible que nos ha asignado alguna ignota instancia trascendente y nos obliga a ser de una manera, y solo de una manera, y a sacrificar nuestra individualidad en aras de una comunidad inventada? ¿O es la coartada perfecta para asumirlo todo desde el relajo, la superficialidad, el compadrazgo, que nos libera de la responsabilidad y nos autoriza al individualismo y al *guasabeo*? ¿Es la condición de cubano un instrumento político magníficamente perverso para justificar todo lo mal hecho —desde la nula impermeabilidad de un techo hasta el fracaso en la cosecha de malanga— utilizando el manido y falso recurso de nuestra idiosincrásica tendencia a pasarnos o no llegar?

Con estas preguntas, el hilo de mi discurso ha pasado de la ciencia a la política, y de esta a temas trascendentes que parecen muy filosóficos y obtusos. Pero nada más alejado de ello. Refieren disyuntivas que los cubanos todos, casi siempre sin darnos cuenta, no solo nos

planteamos, sino que resolvemos cotidianamente. Aunque no de la misma manera. Un ciudadano cubano cualquiera se levanta a las cuatro de la madrugada para poder realizar su trabajo, llegar puntual a su centro, cumplir con su responsabilidad, aunque su paga sea magra; mientras otro cubano se levanta a esa misma hora para marcar en la cola de un consulado extranjero, cambiar su nacionalidad y terminar jurándole fidelidad al rey de una dinastía que llenó su país de sangre y dolor. Una deportista cubana llora de emoción viendo su bandera, mientras otra no tiene pudor y renuncia a la suya para después recorrer el óvalo de un estadio enarbolando el pendón de la casa real que cobijó a los negreros que trajeron a latigazos a sus antepasados forzándolos como bestias a trabajar en los cañaverales. ¿Quién hace bien y quién hace mal? ¿O será que ninguno hace bien ni mal porque esos conceptos son demasiado difusos, imprecisos, y no son científicos? Dos preguntas esenciales e inexcusables. Pero, ¿a quién hacérselas?

Atrevámonos a planteárselas a las fermentadas ciencias sociales particulares, y veremos cómo se niegan a responderlas. Justamente porque esas preguntas apuntan a la cuestión del sentido de la historia, de la valoración de la racionalidad sistémica de los procesos y de las acciones. ¿Cuál es la ciencia social particular que nos responde sobre el sentido de la historia? ¿Cuál la que nos responde a la pregunta sobre el sentido de mi vida individual? Lo voy a poner de estas dos formas, para expresarlo más claramente: ¿valió la pena haberse tirado a la manigua, machete en mano, haber arrasado al país con la tea incendiaria? ¿Ha valido y vale la pena haberse enfrentado al imperio más poderoso, encarado la amenaza del exterminio nuclear y las consecuencias del bloqueo? Esa es una pregunta generalizadora que enfrenta a un pueblo con su pasado y su presente para poder decidir su futuro, y que además constituye el fundamento de esa otra pregunta que cualquiera de este país se puede hacer: ¿valió la pena sufrir la libreta, los apagones, los camellos, las colas, la estulticia insensible de tanto burócrata?

Ninguna de las ciencias sociales particulares querrá ni podrá contestar estas preguntas. Pero, afortunadamente, existe otro tipo de saber que no se enclaustra en la angosta cifra de lo particular, sino que comprende que el conocimiento teórico desde la exigencia de una visión totalizadora, puede cumplir con su tarea: describir y, sobre todo, explicar, valorar, y confrontar lo que es, desde la atalaya que brinda el modelo de un deber ser afinado no en lo volitivo, sino en la constatación de una racionalidad objetiva.

Es en esa línea que se mueve el pensamiento de Eduardo Torres-Cuevas. Y este libro, *En busca de la cubanidad*, cuyos dos primeros tomos hoy se presentan, trata sobre el fundamento que brindan estas categorías

de ser y deber ser, de racionalidad y de sentido. No son categorías típicas de la ciencia histórica positivista, sino de una teoría que conscientemente rompe con las separaciones artificiales y los falsos objetivismos y se plantea la necesidad de un pensamiento totalizador y valorativo. Es por eso que puede llegar a un replanteamiento del concepto de cubanidad, que de pieza de un discurso político demagógico, se torna en sus manos canon objetivo de evaluación y reafirmación.

Torres-Cuevas ha podido hacer lo que le está vedado al científico particular, porque ha recorrido una trayectoria académica personal nada ortodoxa. Comenzó por el área de Filosofía para después pasar a la de Historia en la Universidad de La Habana. Una trayectoria atípica para un historiador: su primer trabajo científico importante fue la elaboración de una antología del pensamiento filosófico medieval y de los textos introductorios. Esa antología y esos textos se han convertido en instrumentos que el tiempo no ha podido vencer, y que los alumnos universitarios consultan todavía hoy. Pero es justo reconocer que esa trayectoria no fue el resultado de una elección personal, sino de una decisión generada por la estulticia insensible de la burocracia: la decisión de cerrar aquel Departamento de Filosofía y desbandar a sus integrantes, un hecho con terribles consecuencias para el pensamiento filosófico y la enseñanza de la Filosofía en Cuba, pero también consecuencias muy duras en lo personal para Eduardo. Tal vez en ese momento, y en otros posteriores, se preguntó por el sentido de algunas cosas y por el que quería darle a su vida, más allá del camino pacato, vergonzante y sumergido en un cono de sombras que otros quisieron asignarle. Supo afincarse en su cubanía, en su amor a la Revolución cubana, para imponerse a tanta miseria humana, y emprendió una larga marcha de trabajo callado, cotidiano, muchas veces ignorado, en condiciones personales difíciles, para ir construyendo piedra a piedra este sólido edificio que representa su obra y que le ha valido, a la larga, un crecido reconocimiento.

De la misma forma que alguien pudiera cuestionarse que un no historiador presente este libro, algún otro pudiera dudar de la pertinencia de que evoque aquí este lamentable pasaje de la historia de la ciencia social cubana y de la vida de Eduardo. Pero no lo hago por ligereza ni por encono. En primer lugar, sería demasiado irónico que en la presentación de un libro de Historia se le virara la cara a la Historia. La ciber-esquina caliente de este veraniego mes de enero ha corroborado que las partidas de ajedrez con la Historia no se sellan jamás. Al toro de la Historia no se le maneja con quites; como orienta la vieja máxima, hay que agarrarlo por los cuernos. Y de eso hay mucho en este libro. De algo ya

hablé, y es de ese enfrentamiento al tema de la cubanía y la cubanidad, y de la habilidad y maestría con la que Eduardo Torres-Cuevas se mueve en este espinoso tema. Debo decir que siento una escuela en su tratamiento. Ese papel fundador tiene algo que ver con su vida. Todo libro es una forma de objetivación de un autor. Comprender al libro es imposible sin comprender al autor.

Vinculado con esto hay otra cuestión peliaguda, otro escollo en nuestra historia que ha hecho zozobrar a más de un autor y de una tendencia historiográfica, y al que Eduardo le entra con la manga al codo. Me refiero al tratamiento de la significación e importancia que para nuestro devenir como nación han tenido figuras como José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero y Domingo del Monte. Todos conocemos la polémica que, desde hace algunas décadas, se centra en torno a su interpretación. La historiografía burguesa los adornó en exceso. Otra corriente, que se quiso marxista, y se creyó marxista, hizo *tabula rasa* con ellos y pasó al otro extremo. Parecía que solo se podía ser un pensador marxista si se les excluía del panteón nacional. Y es aquí donde reside otro mérito importante de la obra de Torres-Cuevas, que se recoge en este libro en tres tomos. Ha sido su historia de vida la que lo preparó para poder unir la acuciosa labor de investigación, lectura de documentos, y búsqueda de datos e información, con el conocimiento de un arsenal teórico que le ha permitido explicar la significación del papel de los ideólogos y las ideologías en el devenir nación de una masa humana, y la necesidad de encontrar criterios de valoración múltiples —pero no por ello encontrados—, que permitan establecer un dictamen sopesado. Es la propia complejidad de la formación de la cubanidad el elemento que le posibilita a Torres-Cuevas rescatar la utilización del marxismo en la interpretación de la historia de Cuba del dogmatismo y la unilateralidad y reconvertirlo en un instrumento para descubrir la compleja dialéctica de la vida.

Por todas estas razones, debemos saludar la iniciativa de recoger en una sola obra todos estos textos que Eduardo fue sembrando a lo largo de estos decenios para que le sea más fácil al lector su consulta. Y agradecerle a su autor la respuesta que se dio y se continúa dando todavía, día a día, sobre el sentido de su vida.